

Homilía fr. Rodrigo García Jara O.P.

11 de noviembre

Apreciados hermanos, en este capítulo provincial llega a nosotros estos textos maravillosos que hemos escuchado; Yo los encuentro muy providenciales, siento, una vez más, el Señor Jesús nos habla de una manera oportuna, para que afinemos, y enfoquemos, todas nuestras reflexiones, propuestas y acciones, que hemos escuchado sobre nuestra provincia, nuestra vida consagrada, nuestras obras, nuestro aporte a la Orden y a la Iglesia., especialmente, para que nos preguntemos ¿cómo está nuestra relación con Cristo? y ¿Cómo está nuestro compromiso en la construcción del Reino de Dios?, Éste es, consecuencia del amor a Cristo, experiencia con él y la compasión con el hermano.

En la primera lectura, San Juan nos ofrece una definición de amor: "El amor consiste en comportarse según sus mandamientos". Esto significa que amar es caminar según los mandamientos de Cristo. Amar no es lo que yo piense, ni lo que yo sienta o diga sobre el amor. El amor está ligado a la obediencia, como ya habíamos escuchado en el Evangelio: " Si me amáis, guardaréis mis mandamientos". Por lo tanto, seguir a Cristo, es buscar la perfección en el amor hacia él y al prójimo, y esto se logra, obedeciendo sus mandamientos. Para san Juan lo que nos perfecciona, como hermanos, cristianos, consagrados y ungidos, es el amor. Por la obediencia a Cristo, libremente hemos optado amarnos mutuamente y esta experiencia, nos da la capacidad de ser resilientes frente a la trampa de la soledad, la vida privada y de vivir sin amor.

Algunas veces, nos cuesta obedecer a Cristo, sin embargo, hay obediencias que sí aceptamos. Obedecemos las leyes de tránsito, las prescripciones médicas, las indicaciones de un instructor en el deporte. No nos sentimos violentados cuando hacemos algo que el doctor nos ha mandado, ni cuando un agente de policía nos da orientaciones. Y estas son obediencias. Podemos decir que obedecemos gustosos cuando sabemos que la obediencia nos hará bien, o, dicho de manera más breve: obedecemos cuando nos sentimos amados. Lo duro de obedecer no es la acción en sí, sino obedecer cuando no se siente amor. Por esto, es importante entender que el pedido que nos hace Cristo está cargado de un profundo amor, que solo pretende nuestra libertad, nuestro bien, y nuestro florecimiento personal y comunitario.

En el Evangelio podemos entender la preocupación de Lucas, por responder a las inquietudes de su comunidad sobre la llegada del Reino de Dios, por eso, el evangelista nos presenta una reflexión sobre el fin de los tiempos; nos presenta a Jesús diciéndonos cuál debe ser la actitud de un cristiano: estar vigilantes, dispuestos, y preparados. Hoy también, como en los tiempos de Noé y de Lot, nos perdemos en las tareas de cada día: comer, beber, comprar, vender, construir, abrir o cerrar obras; nos quedamos despreocupados en nuestras ocupaciones, distraídos en la rutina de lo habitual y así, se nos puede olvidar la dimensión espiritual de la vida. Se nos puede olvidar el encuentro personal con el Señor, que debe ser nuestra prioridad imperativa. Por esto me han surgido las siguientes preguntas: ¿nuestras obras están al servicio de la construcción del Reino de Dios, o estamos obrando a nuestro servicio?, ¿estamos al servicio de Cristo, o Cristo al nuestro?, ¿la economía está a nuestro servicio, o nosotros al servicio de la economía? El señor nos invita a estar atentos, y despiertos, para no confundir los medios con los fines.

También Lucas, nos narra, que, cuando dos personas hacen lo mismo, una será llevada y la otra dejada; porque, ante Dios, lo que cuenta no son las tareas externas, sino la actitud con que las hacemos. Con estas palabras, Jesús nos propone pensar en el sentido de nuestros actos. Nos invita a vivir en la responsabilidad, a tomar la vida en serio, en su total profundidad y sabiduría; nos invita a amar y amarlo obedeciéndole, y a ponerlo siempre a él, como un fin y nunca como un medio.....

Gloria al padre.